



Garde. Virgen de Zuberoa

**LAS VIRGENES EMIGRANTES
EL MISTERIOSO ORIGEN DE UNAS
IMAGENES RONCALESAS**

Don Rafael Gamba Ciudad nació en 1920 en Madrid. De familia roncalesa, posee en Roncal su casa solar. Es Doctor por la Universidad de Madrid y Catedrático de Filosofía, función que ejerció durante once años en los Institutos de Navarra. Es autor de numerosos libros de filosofía, política e historia, y ha publicado otros títulos en esta misma Colección. Es miembro honorario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la Institución Príncipe de Viana de Navarra y de la Institución Fernando el Católico de Aragón.

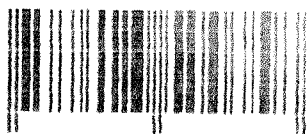
NAVARRA

TEMAS DE CULTURA POPULAR

LAS VIRGENES EMIGRANTES EL MISTERIOSO ORIGEN DE UNAS IMAGENES RONCALESAS

Por

Rafael Gamba



VIRGENES EMIGRANTESPVP: 150

DIPUTACION FORAL DE NAVARRA
Dirección de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular
PAMPLONA

INDICE

	<u>Página</u>
La historia religiosa de un país	3
La piedad mariana del Valle de Roncal	3
Raíces históricas y locales del puritanismo y de la persecución hugonote	6
La Virgen de Zuberoa patrona de Garde	12
Las «Auchas» y el término «Aucha»	18
Las «Espiritadas» de Jaca y Santa Orosia	22
La Virgen del Castillo, en Roncal	24
Final	28
Apéndice	28

LA HISTORIA RELIGIOSA DE UN PAIS

Ningún aspecto de la realidad toca tan intimamente el alma colectiva de un pueblo como lo que podríamos llamar su historia religiosa o santa, su hagiografía y sus devociones propias. Quizás por ello mismo pocas cuestiones resulten tan difíciles de analizar y de historiar, dado que por lo común hunden sus raíces en el arcano de la tradición o de la leyenda santificada; dado que en ellas se confunden lo humano remoto con lo sobrenatural, la memoria histórica con la fe, raíz de las generaciones sucesivas.

Nuestra época se señala por una rápida liquidación de costumbres y tradiciones, por una vertiginosa pérdida de la memoria colectiva en la cual los pueblos y comarcas históricos —si no desaparecen por completo víctimas del éxodo industrial y burocrático— pasan a un estado de pre-emigración en que se vuelven extranjeros a sí mismos, desconocedores y desinteresados de su propio pasado y de su patrimonio colectivo.

Esto me ha impulsado a escoger dentro del legendario pasado del Valle de Roncal un aspecto de su **historia santa** o hagiográfica, aun a riesgo de penetrar en ese terreno donde la historia se deshace en leyenda, pierde sus límites y concreción espacio-temporal o se convierte en algo fugitivo inaprehensible. Justamente por esto, en cuanto aquí refiero o relaciono entre sí, hechos o piadosas tradiciones, no pretendo en absoluto llegar a afirmaciones o conclusiones históricas demostradas, sino cuando más a hipótesis o conjeturas que —junto a su pequeño valor esclarecedor— sirvan para que las generaciones futuras no pierdan del todo esa referencia mítico-sagrada, tan despreciada por el racionalismo actual, pero que albergó por milenios la vida de nuestros antepasados y otorgó cobijo y fervor a lo más profundo de su ser roncalés.

Voy a referirme concretamente a un extraño fenómeno de la hagiografía roncalesa que podría denominarse «las Vírgenes emigrantes», aspecto profundo y emotivo de la piedad mariana del antiguo Roncal.

LA PIEDAD MARIANA DEL VALLE DE RONCAL

Como toda Navarra y toda la antigua España, el Valle de Roncal se señaló siempre por una devoción fervorosa, confiada y sencilla a la Madre de los Cielos. Podría aplicarse muy precisamente a este Valle aquel repetido juicio de Menéndez Pelayo según el cual la religiosidad católica del pueblo español se patentiza por un suelo donde no hay altura ni paraje que no nos hable de ella con el testimonio mudo de un santuario o una ermita, a menudo en ruinas. En este Valle,

sin embargo, la devoción mariana se caracteriza —como en país de viejísima cristiandad, germen y reducto de la Reconquista— por un arraigo de la misma en la costumbre ancestral, en las viejas ordenanzas, en las prácticas colectivas. Las fiestas y romerías de cada pueblo, los tiempos, plazos y fechas de la vida corporativa tenían siempre una referencia al calendario religioso, muy especialmente a los días y solemnidades marianos. No era una piedad como exterior y en episódicos y renovados movimientos de culto mariano, sino algo convertido en sustancia misma de la comunidad y de cada familia. Ello sin perjuicio —antes en afianzamiento— de una verdadera piedad y amor en cada corazón que en cada momento —alegre o amargo— de la vida sabía volver siempre los ojos a la Divina Madre como cauce de su confianza en Dios.

Quien penetre en el Valle remontando desde Aragón el cauce del Esca, avizora ante todo sobre altísima roca la ermita de la Virgen de la Peña, edificada en nido de águilas a peso de imponente abismo en el límite mismo del Valle con Aragón. Los cultos de esta santa imagen, que poseen el privilegio inherente al Jubileo de la Porciúncula, se realizan por igual entre Salvatierra de Esca —último pueblo aragonés— y Burgui, el que es pórtico del Valle de Roncal. En él se venera otra imagen de la Virgen, llamada también del Castillo, como la que ocupará nuestra atención en el pueblo de Roncal.

Una legua más arriba y en el hondo del valle, junto al río, la Virgen del Camino, de gran devoción para el mismo pueblo de Burgui. Todo caminante antiguo, por el angosto camino de herradura que conducía al valle, se prosternaba siempre ante la Virgen María del Camino para agradecer el buen término de su viaje o para implorarlo en su iniciación. Hoy la carretera, proyectada con mentalidad de ingeniero o de «técnico», discurre —sin motivo visible— por la otra orilla del río dejando de lado a la amorosa Protectora de antaño, cuyo culto continúan, sin embargo, los de Burgui.

Vidángoz, en el lateral barranco de Biniés, rinde culto en ermita propia a la Asunción de María. La villa de Roncal, en el centro del valle, mantiene amorosa devoción a la Virgen del Castillo, patrona del pueblo. En su procesión, hasta no hace muchos años, los «escopeteros» vestidos de roncaleses ondeaban la bandera del valle, y a modo de «alarde» de armas, disparaban sus escopetas en un alto que domina el valle como señal de dominio del mismo por sus primitivos moradores. Garde, en otro barranco lateral (Gardibarra), otorga especialísimo culto a la Virgen de Zuberoa, importante santuario situado en lo más espeso del monte, hacia Aragón, en una vertiente de la alta Peña de Yinyari. Pero es precisamente de estas dos últimas imágenes y advocaciones —el Castillo de Roncal y Zuberoa de Garde— en lo que tienen de común a lo que hemos de referirnos principalmente en el objeto de este pequeño estudio.

Remontando el Esca, nos aparece Urzainqui, con su devoción ancestral a la Madre del Salvador, con rica ermita propia; y más allá, en el gran escenario natural de Isaba, se venera la Virgen de Idoya —«roncalesa celestial», según los bellos «gozos» que se le cantan—, y también la Virgen de Belén en una pequeña capilla recientemente restaurada. Uztárroz, aguas arriba por el barranco lateral de su nombre, rinde culto a la Virgen de la Consolación, y en lo más alto del valle, como bendiciéndolo desde la altura y cabecera de Belagua, la Virgen de Arrack, casi en el confín nevado de

las altas cumbres y de los puertos de Francia.

Dentro de esta grande y común floración de piedad mariana en el valle, he dicho que dos de sus advocaciones tie-



Ayuntamiento de Garde. Escudo del valle de Roncal

nen un algo en común que nadie —que yo sepa— ha relacionado entre sí ni analizado —en la limitadísima medida en que ello es posible— su origen y significación. Es precisamente lo que justifica este tema y título de «las Virgenes emigrantes». La tradición verbal del pueblo, la letra de los antiguos «gozos» que en sus novenarios anuales se les cantan, y una monografía parroquial que fue escrita para cada una de ellas, son los únicos testimonios y documentos que pueden guiarnos en este tema tan arcano y emocionante. Se-

gún estos testimonios una y otra imagen «vinieron de Francia» a «acogerse a la fidelidad y piedad de los roncaleses» a «brindarles consuelo y protección». La época o la ocasión de este insólito y extraño —pero repetido— hecho fue la persecución sufrida por los católicos en el siglo XVI por parte de los hugonotes (o calvinistas) de los territorios sometidos a la descendiente de los reyes de Navarra, Juana de Albret, convertida al calvinismo. Sobre la primera de estas advocaciones y ermitas marianas —la Virgen del Castillo, de Roncal— existe un pequeño fascículo editado en Pamplona en 1928, del que es autor el que fue durante muchos años párroco y arcipreste de Roncal, don Joaquín Montuno Ansoáin, de venerable memoria. Consiste fundamentalmente en una readaptación, debida a su sobria y elegante pluma, de la novena que anualmente se le tributa precedida de una brevisima noticia histórica sobre la imagen y su devoción. Sobre la segunda —la Virgen de Zuberoa, de Garde— existe una más extensa obra —modelo de monografía parroquial— que honra a su autor el doctor don Javier Gárriz, párroco que fue de Garde. Impresa en Pamplona en 1923 constituye toda una historia de «La Villa de Garde en el Valle de Roncal», pero con especial referencia y aportación de datos sobre la Virgen de Zuberoa. Nos referiremos por separado a una y otra advocación, siempre bajo el misterioso aspecto de su común origen. Pero antes vamos a hacer una alusión a la circunstancia histórica que da lugar a esa extraña «emigración» de una y otra imagen mariana y a sus antecedentes más o menos remotos.

RAICES HISTÓRICAS Y LOCALES DEL PURITANISMO Y DE LA PERSECUCIÓN HUGONOTE

Dícese que la salud física de un ser vivo, en cualquiera de sus órganos o funciones, consiste en una especie de tensión que le preserva de desviaciones enfermizas de sentido contrapuesto, y lo mismo puede decirse en el orden moral de la virtud, tensión sana —dirigida hacia el bien— de una potencia anímica, que se manifiesta por un «hábito del término medio», equidistante de extremos viciosos.

Otro tanto cabría afirmar de la raíz y hábito religioso que se encuentra en la base de todo pueblo o civilización. Su salud (en el orden operativo o de la virtud) radica en análoga tensión interna que la salva de contrapuestos extremos viciosos. La vida religiosa —que es inserción de una realidad divina, sobrenatural, en nuestra imperfecta y caída naturaleza— se ve siempre sometida a la doble tentación de afirmar uno de los dos elementos de esa **re-ligación** (sobrenaturaleza o naturaleza) con la negación o el desprecio del otro.

Así la Iglesia —y la civilización que ella inspiró— ha tenido que luchar en su historia contra dos desviaciones viciosas y contrapuestas: lo que —para entendernos— podríamos llamar el puritanismo de la sola fe, y —en contraposición— el espíritu de corrupción, a veces demoníaco. Una y otra tendencia han sido origen de múltiples herejías, desórdenes —incluso guerras— y relajaciones. El sobrenaturalismo de la fe niega los factores humanos de la sociedad y jerarquía temporales que constituyen la Iglesia en este mundo, e, incluso, la misma naturaleza y sus tendencias neces-



Jóvenes roncaleses ondeando la bandera en la festividad de la Virgen de agosto

rias en las que ve. indiscriminadamente, mal y pecado (tentación puritana); el naturalismo de las humanas pasiones, en cambio, tiende a sustraer éstas del orden y de la orientación sobrenatural del obrar humano (tentación de los corruptos).

Los movimientos que a lo largo de la historia han tenido su origen en una u otra inspiración han sido numerosísimos. Los más característicos han de hallarse, tal vez, en la Edad Media, por haber sido ésta la época de mayor y más viva fe religiosa. Las desviaciones de algo se dan en tanto ese

G A R D E

GOZOS A LA VIRGEN DE ZUBEROA

Coro

Pues de vues - tro ho nor el ce - lo
 en nues tro co ra zon ar de Vir gen
 de - Zu be roa a Gar - de Vi nis - te a
 dar nos con sue - lo
 En cual quier - en fer me dad - -
 a pli cais con gran re me dio y es e
 fi caz - vues - tro me - dio Em
 to - da ne ce si dad - -
 Pie dad, pues, - Ma dre, pie dad - -
 en to do mal y re ce lo.

PUEBLO
 TODOS.
 Virgen de Zuberoa.

algo existe y en la medida de su fuerza y vigor, al igual que las enfermedades físicas o morales se dan en el hombre mientras éste vive y alcanzan una mayor virulencia cuanto más vigorosa es esa vida.

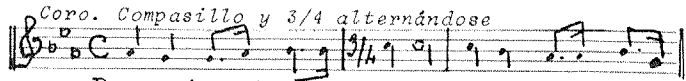
Los valles del Pirineo, de una y otra vertiente, fueron pueblos de profunda y arraigada fe durante toda la Edad Media, y aun —comparativamente hablando— durante la Moderna hasta nuestros días. Libres en general de la invasión musulmana, refugio para los cristianos fugitivos en las sucesivas oleadas de islamismo y reducto inicial de la Reconquista en España, fueron, sin embargo, víctimas en la vida de su fe de las dos tentaciones a que nos hemos referido.

Por un lado, lo que hemos llamado —en su acepción genérica— «puritanismo». Tentación de una perfección angé-

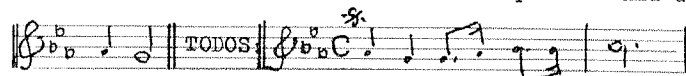
RONCAL

GOZOS ANTIGUOS A NUESTRA SEÑORA DEL CASTILLO

Coro. Compasillo y 3/4 alternándose

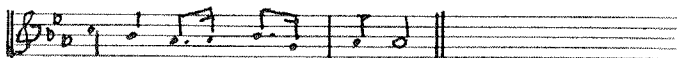


Pues sois astro cuyo brillo Siempre ilumina a



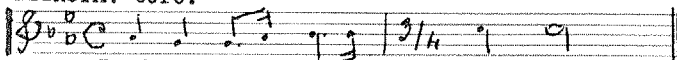
Ron cal.

Libradnos de todo mal

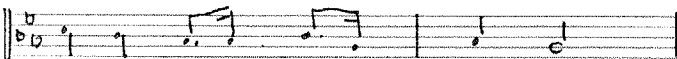


Madre de Dios del Castillo.

ESTROFA. Coro.



De San Juan de Pie del Puer to



Vuestra piedad os con du jo



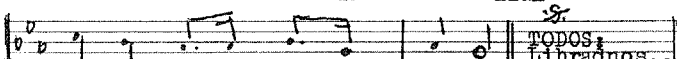
A o fre cernos el in flu jo



De a man te Ma dre por cier to;



A sí, con a mor fi lial



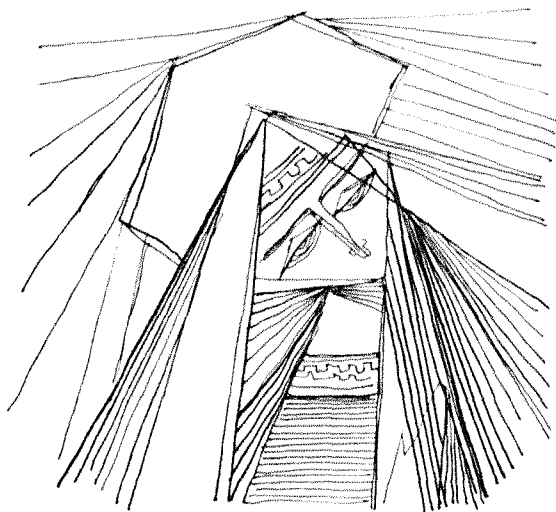
Lo con fie sa el más sen ci llo

Libradnos..

Transcripción de José Berro Ezpondaburu

lica en esta vida terrena de cada alma y de la sociedad; tentación que lleva hasta negar por impuro todo orden jurídico o jerarquía eclesiástica, como así mismo las relaciones humanas que perpetúan la especie. Tal fue en el siglo XIII el caso de los cátaros (los «puros»), los valdenses, y, sobre todo, los albigenses. Esta última herejía arraigó muy especialmente en el Mediodía y, el Pirineo de Francia. Su centro espiritual fue la abadía y ciudad de Albi y su reducto final la ciudadela de Carcasona. Contra ella se formó la famosa cruzada albigense en las guerras en que intervinieron los Papas, los reyes de Francia y de Aragón, y de las que fue relevante figura Simón de Monfort.

A la tendencia opuesta hay que adscribir, también en los valles pirenaicos, lo que hemos llamado «tentación de los corruptos». En pueblos pequeños, de vida comunitaria profundamente religiosa y fuerte represión ambiental de las conductas, se daba con frecuencia la tendencia a la evasión y al



desenfreno por parte de quienes no participaban con fervor en la fe ambiente o se veían arrastrados por el vicio o las pasiones. Esta válvula de escape a favor de los instintos reprimidos revestía el doble aspecto de reuniones licenciosas o desenfrenadas, y de negación del principio religioso que era origen de aquella represión moral con el culto al principio contrario (demoníaco). Su expresión habitual eran las prácticas de brujería, tan arraigadas en los países pirenaicos hasta bien entrada la Edad Moderna. Los archivos de la Inquisición estuvieron llenos durante esos siglos de procesos de brujería, y no eran ciertamente creación de los inquisidores y de su supuesto fanatismo religioso, antes bien, solían ser una moderación y encauzamiento legal de la aversión y furia populares que, sin ellos, hubieran desencadenado represalias cruentas y tumultuarias. Las prácticas de brujería se amparaban en un supuesto o real pacto demoníaco y en el culto a Satán, pero desembocaban siempre en reu-
nio-

nes nocturnas en lugares descampados, de carácter orgiástico. Se trataba de un contrapunto o válvula de escape para algunos frente a una rígida represión moral del ambiente, al modo como en tiempos posteriores —frente a una ya mucho más leve represión ambiental— lo han sido el carnaval o, en cierto modo, las actuales playas estivales.

Es curioso observar que, aunque muy vinculados uno y otro fenómeno al Pirineo todo, el puritanismo fue más propio de la vertiente francesa (países de Bearne y Bigorra, Baja Navarra, etc.) al paso que la brujería arraigó predominantemente en los valles de la vertiente española (Navarra, Aragón). Ello es debido, a mi juicio, a las condiciones geográficas y ambientales de una y otra vertiente en su relación con la común fe religiosa, muy viva en las almas. Los valles franceses, prontamente abiertos a una fecunda y alegre campiña, exuberantes de feracidad y de clima más templado, disfrutaban de una vida más fácil y amable, menos austera y reprimida. La fe religiosa actuaba en ellos, como la voz de la conciencia en el sentido del puritanismo, es decir, de una exigencia de perfección que, en casos de exageración herética, alcanzaba a la negación de la naturaleza y de las fuerzas de la vida. En los valles españoles, en cambio, una geografía angosta y cerrada, de escasos horizontes, un clima durísimo y la vida casi eremítica de los pueblos, determinaban a veces esa inclinación a la evasión y al desenfreno de las tendencias reprimidas.

· Precisamente dentro de la primera de esas tendencias —la puritana— vamos a encontrar el calvinismo del siglo XVI, que prende en los valles franceses ayudados como un segundo acto o eco lejano de la herejía albigense del siglo XIII. Y es aquí donde habremos de situar los hechos que constituyen nuestro tema.

Calvino inicia, como se sabe, un movimiento reformista protestante sobre bases escriturarias más elaboradas y precisas que las de Lutero. Su sistema acentúa con mayor insistencia las teorías de la justificación sólo por la fe y la predestinación de las almas. Para el reformador ginebrino la Iglesia y la tradición católica son una interposición artificial y abusiva entre el alma y Dios: el hombre debe vivir sobre la pura interpretación de la Escritura Santa o palabra de Dios, y la Biblia debe ser también el único código de la Ciudad de los Elegidos, única legítima para él. El calvinismo, llamado también «doctrina pura» o puritanismo (y a sus adeptos presbiterianos y hugonotes según sitios y épocas) prende en cierta medida en los países pirenaicos de Francia, en parte por la presión de sus príncipes convertidos a la secta, en parte también por responder a aquella tendencia y remota tradición del puritanismo cátar y albigense.

Juana de Albrit, titulada Reina de Navarra y Gobernadora del Bearne, era nieta de los últimos reyes de Navarra expulsados por Fernando el Católico, y madre del que sería Enrique IV, primer Borbón «Rey de Francia y de Navarra». Sus padres fueron Enrique II de Navarra, espíritu abierto y galante, y Margarita de Valois, hermana de Francisco I de Francia. La corte bearnesa en que Juana se crió era típicamente renacentista, amiga de las artes y del buen decir, amablemente escéptica y poco amiga del clero católico y de su influencia. Margarita de Valois, más por frivolidad que por herejía, recibió en su corte al propio Calvino y sus amigos, y confió a un calvinista declarado la educación de su hija. Casada después ésta con el duque de Vendome, Antonio de Borbón, secretamente reformista, no es extraño que tal ambiente e influencias determinasen su apostasía de

la fe católica (1563) y su adhesión al más fanático calvinismo.

Es a partir de este momento cuando desencadena una feroz persecución en sus estados propios o tributarios (Baja Navarra, Soule, Bearne, Bigorra) contra los católicos fieles y el culto católico, apoyándose en la minoría que abrazó con ella el partido hugonote y en la que lo hizo por temor o indiferencia. Esta persecución alcanzó hasta a su tío Pedro de Albret, obispo que fue de Cominges, a quien tantos éxitos diplomáticos había debido ante la corte pontificia de Pío IV, hasta el extremo de tener que acogerse a la Majestad Católica de Felipe II. Esta fanática persecución se dirigió muy particularmente contra los templos e imágenes de la Virgen María como símbolo y predilección del culto católico.

Y es en este momento histórico donde hay que situar las sobrenaturales emigraciones —o los piadosos traslados— de imágenes de María que sobre suelo roncalés estamos relacionando. Las luchas de religión se prolongan en Europa durante más de un siglo. Las guerras de los Hugonotes enlazan con la de Treinta Años. Casi cien años después, en el período francés de esta última guerra (entre 1640 y 1650), los roncaleses defienden la frontera de su valle al mando de su alcalde mayor y capitán a guerra don Sancho Garde.

LA VIRGEN DE ZUBEROA PATRONA DE GARDE

El santuario-basilica de Nuestra Señora de Zuberoa hállase situado a considerable distancia de la villa de Garde, en lo más espeso del monte en su zona nordeste que mira hacia Aragón, en la cumbre de una estribación que descende —como hemos dicho— de la alta Peña de Yinyari. Es un templo relativamente amplio y rico, con verja ante el presbiterio y elegante altar barroco. De su techo cuelgan numerosos exvotos en recuerdo y gratitud de innumerables favores y curaciones, entre ellos una bala de cañón que allí colocó el gran caballero gardarre don Felipe Atocha y Maistera. Recuerda este exvoto la milagrosa intervención de la Virgen de Zuberoa cuando este caballero se vio atacado por piratas en el Mediterráneo al regresar de Nápoles en una de sus naves. A sus expensas —y en tributo de filial gratitud— fue reconstruido y enriquecido el santuario a principios del siglo XVII. Junto a la basilica, una importante casa de ermitaño recuerda todavía el beneficio u oficio de capellán mayordomo o simple ermitaño que estuvo cubierto hasta entrado el presente siglo.

El doctor Gárriz, autor de la reseña histórica de que hemos hecho mención, describe la imagen de la Virgen de Zuberoa (o Ziburúa, como se lee a veces en textos antiguos) con estas bellas y acertadas palabras: «Hállase esta santa imagen, objeto de tan singular devoción, sentada sobre una arqueta y toda ella no mide más que 51 centímetros de altura. Con su mano derecha recoge graciosamente el manto sobre la pierna derecha y al mismo tiempo sostiene un pomo odorífero; con la izquierda sujeta al Niño, que, sentado sobre la pierna izquierda de la Madre y de frente al pueblo, levanta su mano derecha en actitud de bendecir, teniendo en la izquierda un globo que aprieta ligeramente sobre su costado. La Virgen viste túnica, manto y



Garde

velo, y lleva calzado muy puntiagudo con corona hecha de la misma pieza que la estatua, esto es, de madera. El Niño se cubre enteramente con una túnica y está descalzo. La cara de la Madre, sobre todo sus ojos, encierran una expresión de dulzura tal, que será difícil hallar otra que la iguale (...). Esta descripción induce a creer que la santa imagen es de muy remota antigüedad, sin duda anterior al siglo XIV, aunque dadas las circunstancias de su origen, no es posible dar noticia de ella más allá del siglo XVI.

En muchos grabados y viejos óleos que se conservan principalmente en Garde aparece la venerada imagen dentro de un gran roble, en intrincado monte. Esto nos pone en relación con las circunstancias de su aparición, de todos conocida en la comarca y repetida de padres a hijos durante los cuatro siglos transcurridos desde la misma. El momento de la aparición coincide con el de mayor persecución hugonote en los territorios de Juana de Albret: 1569. La narración del extraordinario hecho se asemeja al de múltiples apariciones milagrosas de viejas imágenes, sepultadas y después reencontradas, principalmente durante la Reconquista. Un boyero o pastor de reses vacunas observó que un toro del rebaño se apartaba diariamente hacia cierto lugar del contorno. Decidió seguirle y lo encontró inclinado como de rodillas con sus astas incandescentes ante una imagen de la Virgen que aparecía en el hueco de un gran roble. Da cuenta en Garde del milagroso hallazgo, y todo el pueblo puede comprobar la existencia de la bellísima y dulce imagen de María.

Un segundo prodigio se añade, en la tradición popular, al de su aparición: cuando los vecinos ponen mano a la obra de edificar un santuario para la imagen pretenden situarlo en un punto más accesible y cercano al pueblo, pero cuanto construyen de día aparece deshecho al pasar la noche; en cambio, cuando resuelven hacerlo en el preciso lugar de la aparición, la obra adelanta y se allana milagrosamente.

Una columna barroca, con una pequeña imagen de la Virgen en alabastro recuerda junto al camino real de Aragón (hoy carretera a Ansó) el lugar donde se pretendió en vano levantar el santuario, y, a la vez, el punto de donde arranca el camino de monte para ascender al mismo.

Para la misma tradición popular es cosa sabida —o inmediatamente averiguada— que la santa imagen procede de Zuberoa, en Francia, de donde prodigiosamente desapareció después de haber resistido incólume el incendio de su templo por parte de los herejes calvinistas. La misma tradición añade el dato de que el pueblo de Zuberoa, Zuberó o Zilburúa se encontraba en el valle bearnés de Aspe, valle que por su afluente el barranco de Ansabe o de Lescun linda por el más abrupto ángulo nordeste con el Valle de Roncal. Parece claro, por otra parte, que el nombre de Zuberoa no lo toma la imagen y santuario del lugar de su actual emplazamiento, puesto que tal nombre no se encuentra en libros ni documentos de propiedades con anterioridad a la época de su aparición.

No existen, sin embargo, datos concretos del lugar, pueblo o santuario de Francia de donde milagrosamente desapareciera esta imagen para acogerse a la piedad de los roncaleses, «darle su consuelo», y premiar así la fidelidad católica de la Alta Navarra y de todas las Españas en que reinaba Su Majestad Católica. El doctor Gárriz realizó determinadas investigaciones encaminadas a esa determinación en el cercano valle de Aspe, donde, al menos actual-

mente, no existe pueblo alguno con ese nombre. Transcribe a este efecto la respuesta que sobre tal extremo recibió del Rvdo. Dubarat, arcipreste de Pau y autoridad en su época en historia religiosa del país. Según esta respuesta la tradición sobre el origen de la santa imagen carece por completo de fundamento. Se basaba para esta conclusión en el hecho de no haber existido pueblo alguno de ese nombre en el valle de Aspe, y en que la comarca de ese nombre (Zuberoa, nombre vasco del valle de la Soule) no sufrió la sañuda persecución hugonote de que fueron víctimas los católicos fieles del Bearne, ni existieron allí calvinistas en mayor proporción.

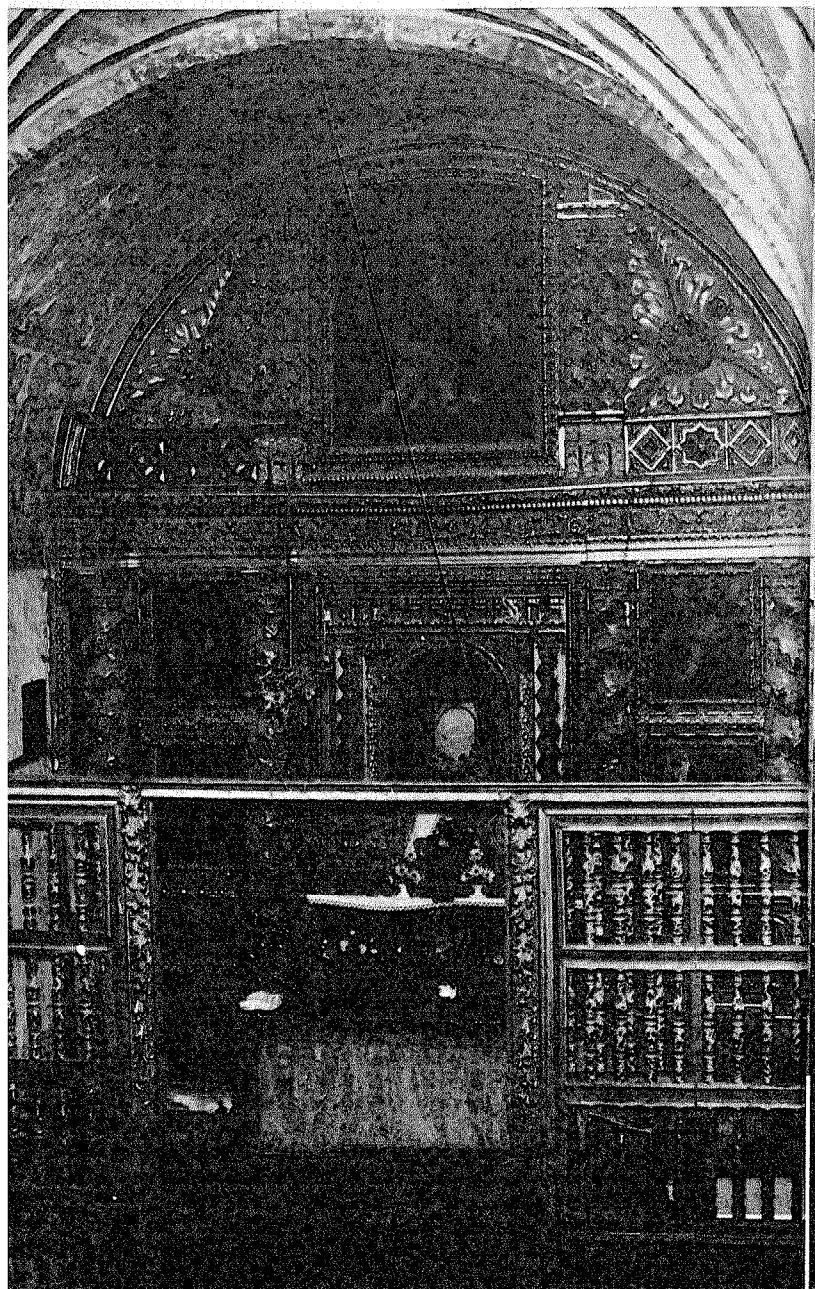
Por más que la cuestión es probablemente irresoluble de un modo fehaciente como todo lo que se refiere al arcano origen de las tradiciones milagrosas, nuestras pequeñas averiguaciones y la reflexión sobre los datos existentes nos llevan a conclusión muy diferente a la de M. Dubarat, interesado como buen francés en no apoyar en verosimilitudes este éxodo mariano hacia tierras españolas.

Parece indudable que nunca existió en el valle de Aspe pueblo con tal nombre: los hechos de la tradición son suficientemente cercanos como para saber esto a ciencia cierta. Es muy probable, sin embargo, que la atribución popular de ese origen al valle de Aspe no tenga otro origen que la relativa proximidad de ese valle respecto de Garde y el haber sido una de las zonas bearnesas —de dominio directo de la Reina Gobernadora Juana de Albret— en que la persecución fue más cruel y notoria. Dista mucho, en cambio, de ser claro que el origen de la imagen y de su nombre no proceda realmente de la comarca o valle llamado Zuberoa o la Soule (Tardets-Mauleón). El valle de Roncal limita, como se sabe, con tres valles franceses, uno de lengua y toponimia vasca, que es éste de Zuberoa, y otros dos bearneses: el de Baretous y el de Aspe. El que tiene pasos más accesibles en la línea del Pirineo y el que mantuvo siempre mayor relación con Roncal fue, precisamente, el de Soule o Zuberoa. Enclavado este valle entre los territorios de la Baja Navarra, patrimonio raíz de los Albret, y el de Bearne, asiento en la época de su principado, fue tributario de aquellos soberanos y sufrió, en mayor o menor grado, la persecución calvinista y las luchas internas entre católicos fieles y hugonotes, numerosos sobre todo en Mauleón.

Parece, pues, sumamente aventurado excluir por aquellas razones la procedencia souletina de la Virgen que tomó por nombre desde su misteriosa aparición el de Zuberoa. Se acepte el milagro concreto de la traslación milagrosa por propia voluntad, o el que —como en tantos casos en la Reconquista— manos piadosas la trasladaran o enterraran en lugar seguro para librarla de una probable destrucción, parece lo más verosímil aceptar tal localización para el pasado de la antiquísima imagen. Existen, por otra parte, varios pueblos en dicho valle (Gotoin, Montory, entre otros) donde existieron ermitas marianas hoy desaparecidas.

Entre los exvotos a la Virgen de Zuberoa se encuentran dos dedicatorias u orlas en las que otros tantos eclesiásticos devotos o agradecidos a la imagen dedican a ésta las tesis que se proponían defender para la obtención del grado de doctor en Sagrada Teología. Una de ellas, la de don José de Urrelo data de 1688 y constituye una curiosísima construcción latina del más exaltado barroquismo en el que, bajo el motivo del fuego, enlaza poéticamente los incendios sacrílegos de que huyó la Santísima Imagen de Zuberoa (o

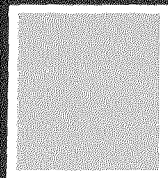
Ciburoa) con una supuesta etimología del Pirineo como «el fuego nuestro» y con la incandescencia que la descubrió en los montes de Garde; y las llamas zigzagueantes que llegaron a sus pies con la serpiente maligna que un día aplas-



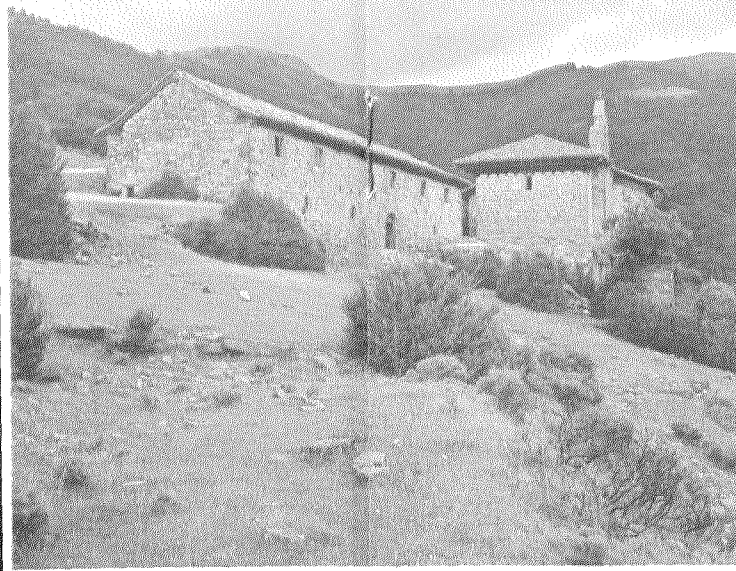
Garde. Retablo de la ermita de Zuberoa



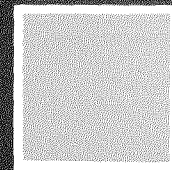
Garde. Nuestra Señora de Zuberoa



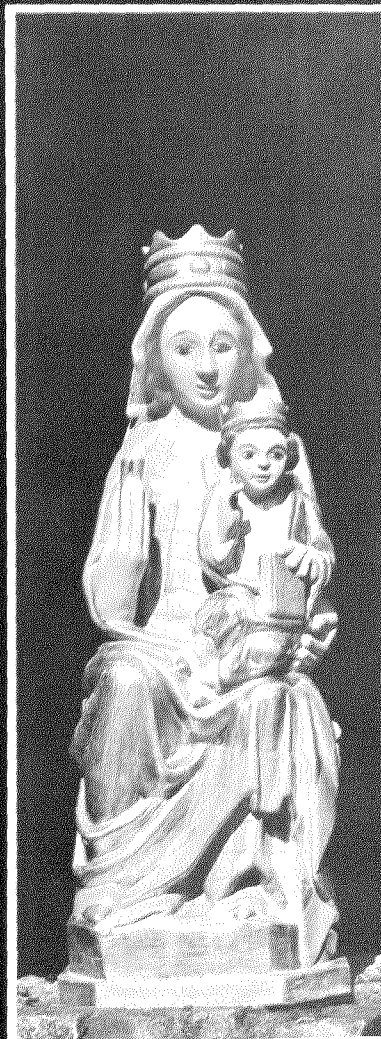
Roncal. Ermita del Castillo

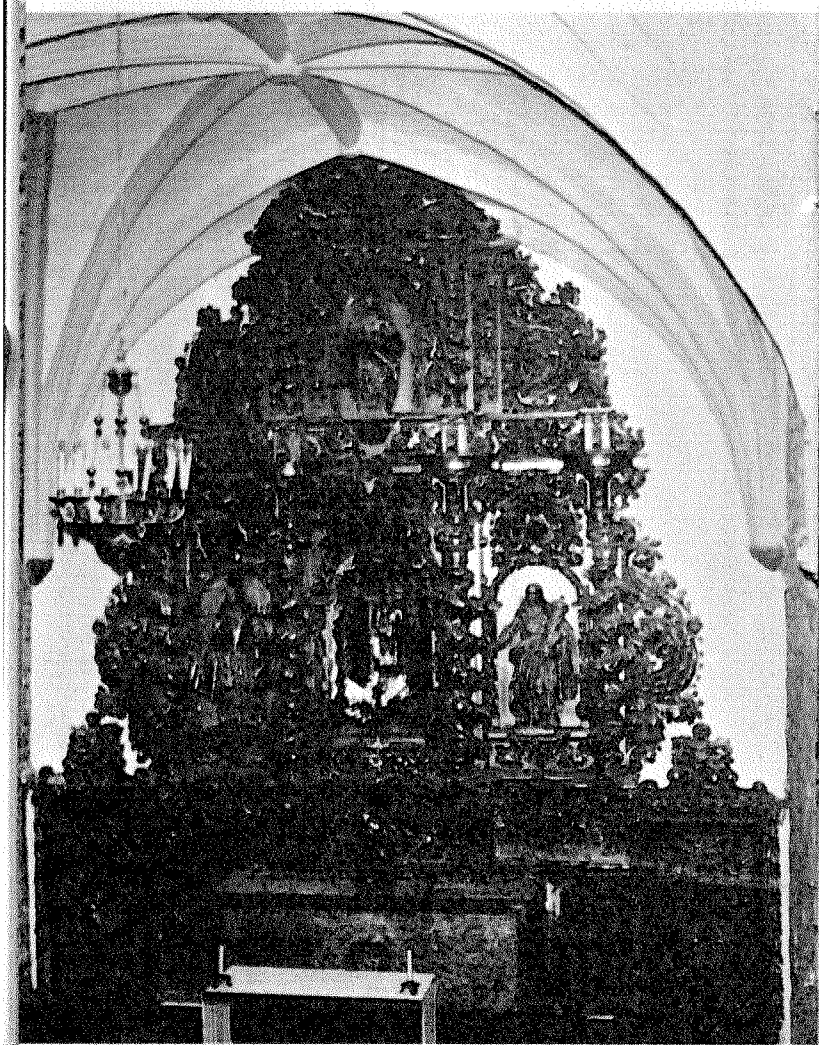


Garde. Ermita de la Virgen de Zuberoa



Burgui. Nuestra Señora del Castillo





Roncal. Retablo de la ermita del Castillo.

tó: y toda esta ignea imagen con el amor ardiente de sus devotos hijos.

La ofrenda —aún cercana a la aparición misma— dice así:

«Al olivo feraz, hermoso, magnífico, fecundo, cuyos retoños, belleza y feracidad no fueron consumidos, por más que ardió el incendio ante su faz, atizado por la herética malicia, y no la alcanzó el fuego en absoluto ni le causó la menor molestia,

A la Virgen fugitiva del incendio, escapada a las llamas, vencedora en su carrera, de forma que los pasos de la Hija del Príncipe no quedaran tiznados, afeados, chamuscados por la humeante hoguera, antes se mantuvieran hermosos, intacto su esplendor.

A la que escapó del fuego y se acogió a llamas más benignas, al huir de los santuarios abrasados de Francia y escalar los encendidos Pirineos de los vascos, de modo que si los Pirineos (llamados así porque otrora ardieron en llamas) han sido filón de riquezas, plata y oro, en adelante desde el Pirineo alumbrado por la Virgen se ufane Navarra: «Conmigo están las riquezas y la gloria, la magnífica opulencia y la justicia».

A quien brilla más que la zarza reluciente, encendida y no abrasada que, aunque la hoguera voraz zigzagueaba hacia sus talones y acechaba su calcañar (el mismo con que aplastó la cabeza de la serpiente encendida), sofocó la llama del incendio y aplastó la soberbia de los ebrios de Efraim.

A la Guardiana de los montes, que se resguardó del fuego cabe las montañas de los navarros, cuyo amor le proporcionó alas —después que se le dieron a ella las alas del Águila grande— para que volase hacia su Desierto, a su sede propia.

A Quien evitó las llamas, y en pos de fuegos más amorosos fue, por temor al incendio de los santuarios de Francia, al encuentro de los fuegos del Pirineo, por ser los más encumbrados. Pues si se descompone PYR-ENEA y se lee según el griego y el vascuence, (resulta) FUEGO MIO; y por esto Navarra (dice) a la Madre de Dios su Protectora, ardiente desde el Pirineo, «fuego mío», cual si (dijera) «amor mío, atractivo mío: doquiera soy arrastrado, él es quien me arrastra».

A la Santísima Madre de Dios, la bienaventurada Virgen María bajo la advocación de Ciburoa, famosa entre los nobles navarros de Roncal, fugitiva y peregrina hacia sus Pirineos, las elevadas cumbres de España (mientras en Francia los herejes se ensañaban y destruían las sagradas imágenes a cuchilla y a fuego), en cuyo calzado todavía hoy cabe apreciar las huellas del fuego que lo circundó sin abrasarlo; que desde la cumbre hasta toda la extensión de la España derrama gracias de salvación con su protección, milagros y socorros, estos selectos capullos del florido y fertilísimo vergel del Derecho Canónico en acción de gracias y en señal de devoción, el Sr. don José de Urrelo —el más pequeño de sus servidores—. Le dedica con disposición reverente y con veneración». Debo la traducción de estos intrincados párrafos al doctor don Sebastián Mariné, catedrático de latín de la Universidad de Madrid.

La otra dedicatoria adornada por un artístico grabado de la Virgen con manto, es de don Domingo Manuel Beltrán de Gayarre; data de 1738, y dice así:

«...Allí pues, oímos de nuestros mayores que, cual cerbatillo que atraviesa los montes Pirineos, de la Galia a Es-

pañá viniste, y en la villa de Garde, en el famoso Valle de Roncal, asentaste tu Tabernáculo...».

Pero se cuenta además con otro hecho histórico que avalla la suposición de su origen en el vecino valle vasco-francés de Zuberoa otorgándole un mayor grado de probabilidad. Hasta casi fines del siglo pasado las gentes de ese valle de la Soule o Zuberoa —campesinos de aislados caseríos— conservaron la memoria y la devoción de una Virgen que en el lejano monte de Garde les ofrecía una milagrosa protección para las más difíciles y amargas dolencias. Pequeñas caravanas conduciendo a mujeres «endemoniadas» en la opinión y lenguaje de la época (semejantes a las «espiritadas» —o habitadas por espíritus demoníacos— de Jaca) cruzaban los puertos de Ory, Belagua o Minchate (Arragoiti, Belay, Phista) dirigiéndose a través de Isaba y Roncal hasta la Virgen de Garde «que curaba los demonios». La medicina actual atribuye a histeria o esquizofrenia lo que aquellos hombres y mujeres estimaban posesión diabólica; pero ello no altera ni la fe de los que pedían ni el favor o milagro, en casos, de la curación.

Los ancianos del valle todavía recuerdan el paso de aquellas desdichadas mujeres francesas montadas en sus caballerías y la infantil e incongruente cantinela en vascuenc que los chicos les dirigían a su paso:

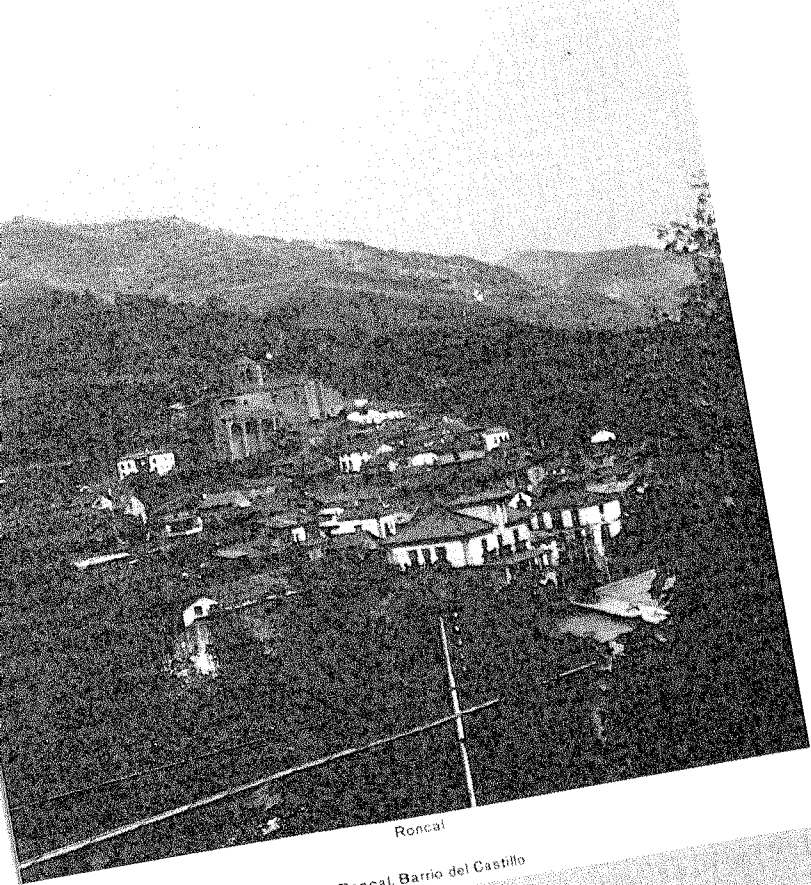
Aucha, marraucha,
Piperra eta zagarra...

El significado de la palabra (o dicterio) aucha, propia del lenguaje típicamente roncalés, merece tal vez una alusión especial.

LAS «AUCHAS» Y EL TERMINO «AUCHA»

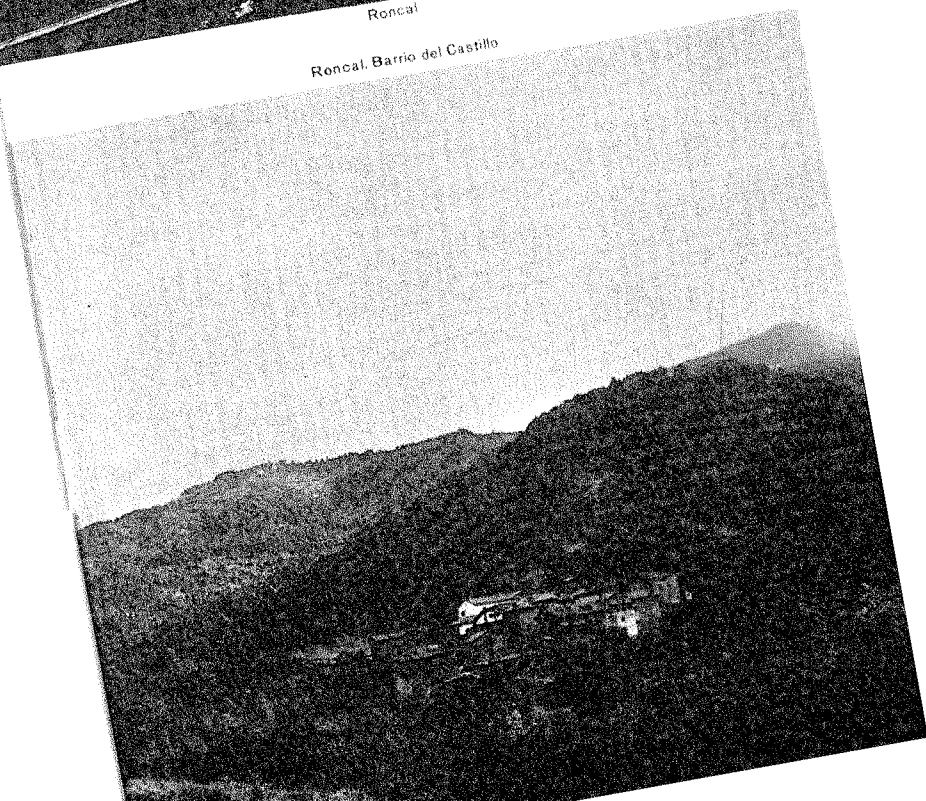
Muchas veces me ha llamado la atención este término en cartas de otra época y en dichos populares de Roncal. Término hoy completamente desaparecido cuya significación muy pocas personas recuerdan ya y de cuyo origen ninguna explicación se me dio nunca. «Aucha» significaba francés en un tono ligeramente despectivo, y significaba —por extensión— cobarde, flojo o «falso» como se dice generalmente en Navarra. Su significado doble coincide exactamente con el de «gabacho», todavía en uso, que también se puede referir a un francés o a un cobarde.

En mi opinión —y con ello aventuro sólo una hipótesis— el origen de uno y otro término (el primero exclusivo de Roncal) es muy similar y cercano en el tiempo; procedían ambos de las Francesadas (Guerra de 1793 contra la Revolución o Guerra de la Convención, y Guerra de la Independencia). El origen de «gabacho» es bastante conocido: en el país vasco y en Navarra los franceses concretaban su vecina procedencia aludiendo a las Gave, nombre que en el Pirineo occidental francés se da a los ríos (y por extensión a los valles); Gave de Mauleón, de Olorón, de Pau, etc. El matiz de flojo o cobarde viene explicado por la opinión habitual sobre el enemigo en tiempos de guerra, y también por el hecho de que la Convención —y más tarde Napoleón— movilizaron levás inmensas de reclutas que, al enfrentarse con el gue-



Roncal

Roncal, Barrio del Castillo



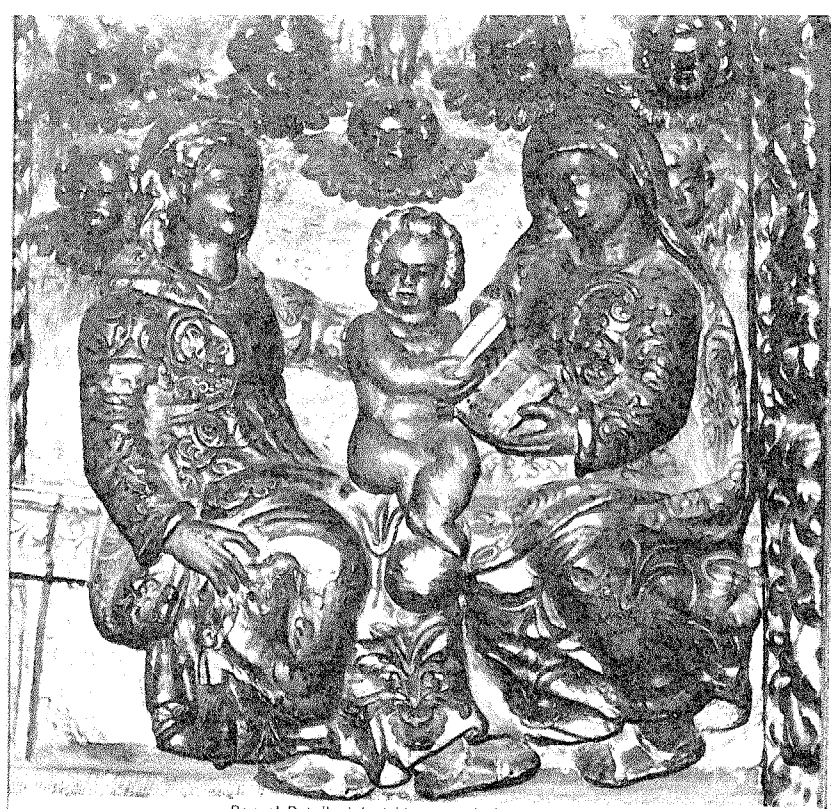
rrillero local que defendía su propia tierra y su fe, producían un natural efecto de falta de valor y decisión.

El nombre de «aucha» tendría verosímelmente, un parecido origen; su uso, como el de gabacho, no se remonta a más allá del siglo XIX y, en su caso, se pierde también al final de ese siglo. La hipótesis sobre su origen concreto sería ésta: sabido es cómo el primer acto de la Guerra de la Independencia en Navarra fue la insurrección en el verano de 1809 del valle de Roncal, coincidiendo con la llegada a él del general Renobales y otros oficiales procedentes del ejército sitiado en Zaragoza. Poco antes del manifiesto impreso que el general Renobales, a nombre de los roncaleses, dirigió en 29 de junio, a los navarros incitándolos a la insurrección, el gobernador militar (francés) de Pamplona, general D'Agoult, había enviado contra el valle a una compañía de Cazadores de Montaña (tropas de élite) para someterlo. Tal compañía —que penetró en el valle con toda la arrogancia y tono amenazador de una columna de castigo— fue aniquilada por los roncaleses en cruento combate nocturno en las pendientes de Santa Bárbara. Los franceses que no perecieron en la batalla fueron conducidos prisioneros en dirección a Ansó con la esperanza de entregarlos a la columna española de Blake que operaba por la montaña aragonesa, pero al saber sumamente improbable este contacto, y temiendo, en cambio, que los conducidos —en mucho mayor número— se convirtieran en conductores, se decidió como única salvación darles muerte en el camino. Degollados según unos testimonios, arrojados desde la ya mencionada Peña de Yinyari según otros, puede decirse que todos los miembros de aquella compañía perecieron con la sola excepción de su comandante M. Puisalis, que fue herido en el combate, curado en Roncal y logró más tarde escapar. Una vieja copia recuerda en el valle el macabro desenlace de aquella jornada, inicial de la Guerra de la Independencia en Navarra:

Ciento cincuenta franceses
a Val-de-Roncal subieron,
y en las peñas de Yinyari
con sus armas perecieron.

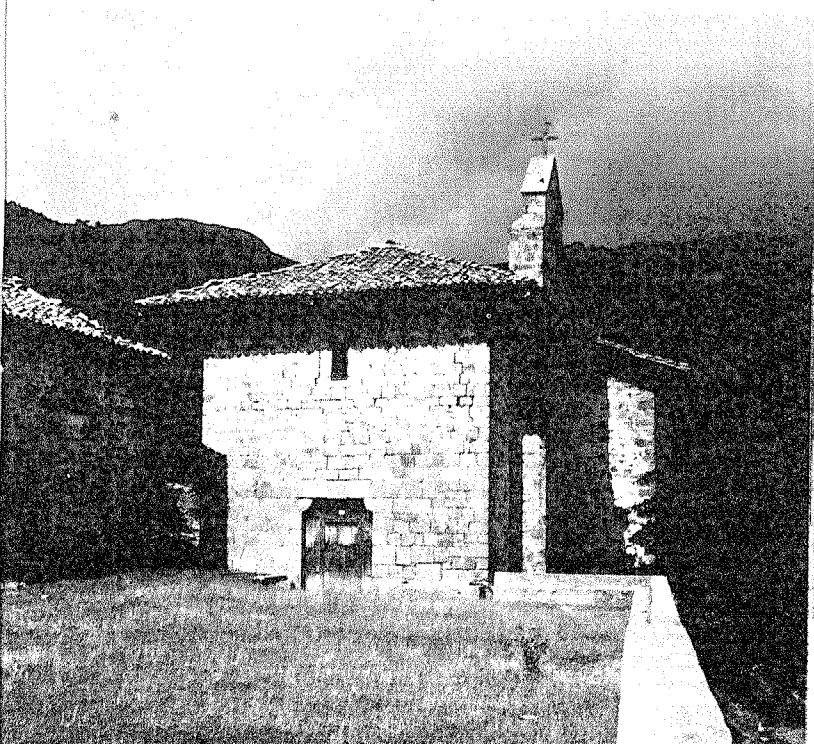
He tenido ocasión hace unos años de conocer un relato de estos hechos desde el lado francés en la revista militar de aquel país «Carnet de la Sabretache» (núm. 389, París, 1937). Se trata de un artículo de M. J. Barada titulado «Les cohortes de Gardes Nationales». Según los datos en él aportados, la mayoría de los guardias nacionales muertos en la acción de Roncal eran nativos de Auch, capital hoy del departamento de Gers y antiguamente de la Gascuña. Se insertan en ese artículo las cartas que con este motivo dirige el comandante Cugno de Belloc —jefe de esa Legión en Pamplona— al prefecto de Gers dándole cuenta de tan desgraciado episodio para las familias de Auch: «Je suis reellement navré —le dice— de la perte que j'ai fait, car c'est l'élite de tout ce que j'avais». Refiriéndose a Puisalis, jefe de la compañía, añade: «C'est le seul duquel j'ai des nouvelles et je doute qu'il y en est eu d'autres qui n'ayent pas succombé a la ferocité de cette troupe effrénée».

Parece probable que la común procedencia de aquellos heridos y prisioneros (Auch) diera lugar al calificativo general de **auchas** y, por extensión, a los soldados napoleónicos y a los franceses en general. Los gascones, por otra parte, han tenido siempre fama de imaginativos y jactancio-



Roncal. Detalle del retablo mayor de la parroquia

Garde. Ermita de la Virgen de Zuberoa



sos. En tal sentido se emplea en la propia Francia la expresión **gascón de Gascogne**.

LAS “ESPIRITADAS” DE JACA, Y SANTA OROSIA

Pero volvamos al Santuario de Zuberoa, en Garde, y a su real o supuesto poder contra la inhabitación demoníaca.

He dicho que hasta finales del siglo pasado acudían en solitaria peregrinación mujeres del valle francés de la Soule (Zuberoa) atravesando por puertos en busca de curación para su mal. Montadas en caballerías y acompañadas por algún familiar recorrían largas leguas de montaña abrupta para implorar de la Virgen de Zuberoa, en su santuario de Garde, verse libres de la posesión diabólica.

El tema de la posesión diabólica y del poder de los exorcismos, nunca del todo abandonado en la Iglesia, ha cobrado actualidad en la literatura y en el cine de hoy. En el Santuario de Zuberoa se encuentra todavía el libro de Exorcismos (**Exorcismi et peremptorium fortissimi et efficacissimi ad expellendos daemones et tempestates**).

En él leemos el siguiente texto de exorcismo: «Exorcizo vos diabolos si hic estis et mala omnia quaecumque nociva habetis, vel habere positis, ligo vos, per Patrem omnipotentem, ligo vos per Jesum Christum Filium ejus unicum Dominum nostrum, ligo vos per Spiritum Sanctum, ut non habeatis potestatem, neque licentiam jactandi grandinem, et matitiam vestram in terminis nostris, et mihi commissos, neque per diem neque per noctem, sed ut eatis in locum desertum ubi malum non faciatis alicui rei... Antiphonam: Fuge maledicte, cumsequacibus tuis, et dissolve colligationes impietatis tuae, in nomine Dei Patris, solve fasciculos deprimentes in nomine Dei Filii, in nomine Spiritus Sancti, Amen».

Estas extrañas peregrinaciones desde tierras de Francia abonan, con una constante relación histórica, la leyenda del origen de la Sagrada Imagen fugitiva o peregrina situando su origen en el valle francés de su mismo nombre. Y por esta misma virtualidad exorcista se relaciona también el Santuario de Zuberoa con otra tradición pirenaica en zona no lejana de la montaña aragonesa.

Se trata de la ya aludida procesión de las «espiritadas» (o endemoniadas) que se celebraba en Jaca, el día de Santa Orosia, hasta bien entrado este siglo. La devoción a Santa Orosia es muy general en el Pirineo Central, y muy en particular en el valle de Roncal, donde es Orosia nombre muy común en las mujeres. En la ermita del Castillo, en Roncal —de la que pronto hablaré— se encuentra una bella imagen de esa santa princesa en su altar principal, a la diestra de la propia Virgen del Castillo.

La antiquísima leyenda de Santa Orosia es como sigue: en tiempos de las incursiones agarenas por estos valles hacia la Galia, en el siglo IX, los reyes de Bohemia llamados Boriborio y Ludimila tuvieron una bellísima hija a la que dieron por nombre Orosia, cuyo nombre fue, al crecer, pronunciado en aquel reino como dechado de bondad y dulzura. Deseando sus padres vincular con lazos religiosos y políticos los reinos de Bohemia y de Aragón, el Papa Adriano propuso a sus delegados respectivos la unión matrimonial

de la princesa Orosia con el Principe aragonés don Fortún, proposición que, aceptada, se festejó en ambos países. Durante el larguísimo viaje, y al atravesar los Pirineos por el valle de Tena y en el término de Yebra, se vio sorprendida la regia comitiva por una hueste musulmana mandada por el temido capitán Ben Lupo. Prisionera la princesa, supo resistir con heroísmo a los lascivos intentos del jefe árabe,



Garde. Virgen de Zuberoa

por lo que fue descuartizada en aquellos mismos montes. Sus restos, conservados en la catedral de Jaca, fueron hallados milagrosamente entre la maleza del terreno y años después por unos pastorcillos.

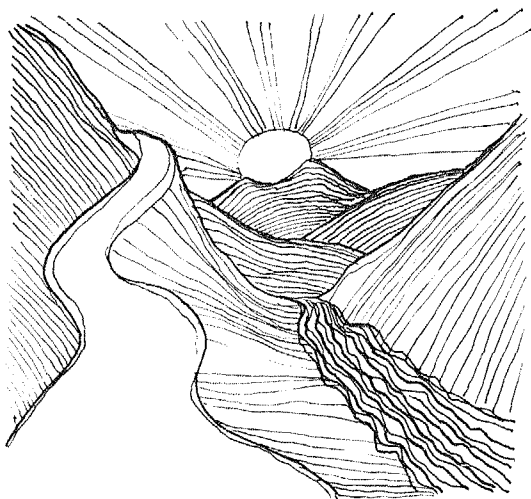
Desde tiempo inmemorial, el día de Santa Orosia (25 de

junio) acuden devotos, penitentes y representaciones municipales de toda la zona de Jaca —capital de la montaña aragonesa— a la procesión en honor de la santa mártir en cortejo presidido por el obispo de la ciudad y sus autoridades civiles. Bajo el sarcófago que contiene los restos incorruptos de la santa, llevados en altas andas, marchan gesticulantes las posesas o «espiritadas», con hilos y cuerdas anudados en sus dedos y brazos.

Llegada la procesión a un balcón erigido al efecto, el obispo, de gran pontifical, procede a levantar los mantos que cubren las santas reliquias y a mostrar éstas al pueblo, impartiendo luego la bendición. La exaltación de las «espiritadas» llega en estos momentos al paroxísimo, rompiéndose a veces las ligaduras de sus manos, lo que interpretan como señal probable de su curación. Tal ha sido, durante siglos, la singular ceremonia del día de Santa Orosia en Jaca, a la que, como en el caso de Zuberoa, acudían también muchos franceses de los colindantes pueblos del Bearne, al otro lado de los altos puertos.

LA VIRGEN DEL CASTILLO, EN RONCAL

Nieblas aún más espesas de olvido encubren el origen de la otra de las «Virgenes emigrantes»: la que tiene por patrona la villa de Roncal bajo la advocación de Nuestra Señora del Castillo.



Esta bella imagen románica sedente se venera en una amplia y bien cuidada ermita en el barrio del Castillo, de donde recibe su nombre. Este barrio se eleva a cierta altura en la margen izquierda del río, y el puente por el que cruza la carretera lo une con el núcleo del pueblo, asentado en la orilla derecha. Allí existió en otro tiempo —al menos hasta el siglo XV —un castillete o torreón de defensa cuya memoria da nombre al barrio y del que nada existe fuera de vestigios de su cimentación en la cara sur. Las casas del barrio se construyeron, en buena parte, con las piedras de aquella pequeña fortaleza.

La Virgen del Castillo, con la mirada ingenua y maternal de sus grandes ojos, preside desde hace siglos las fiestas patronales de Roncal, y los roncaleses siente hacia ella una devoción tierna y confiada, siempre viva y renovada. «Los gozos» llenos de sencilla inspiración que se cantan en su novenario expresan con primitivo encanto esa confianza filial:

Pues sois astros cuyo brillo
siempre ilumina a Roncal,
libranos de todo mal
Madre de Dios del Castillo.

.....
¡Oh, Madre tierna y querida!
fuente de paz y consuelo,
haz que vayamos al Cielo
cuando huyamos de esta vida.
.....

Estos mismos «gozos» declaran en una mera alusión lo único que sobre el origen de esta santa imagen conserva la memoria colectiva:

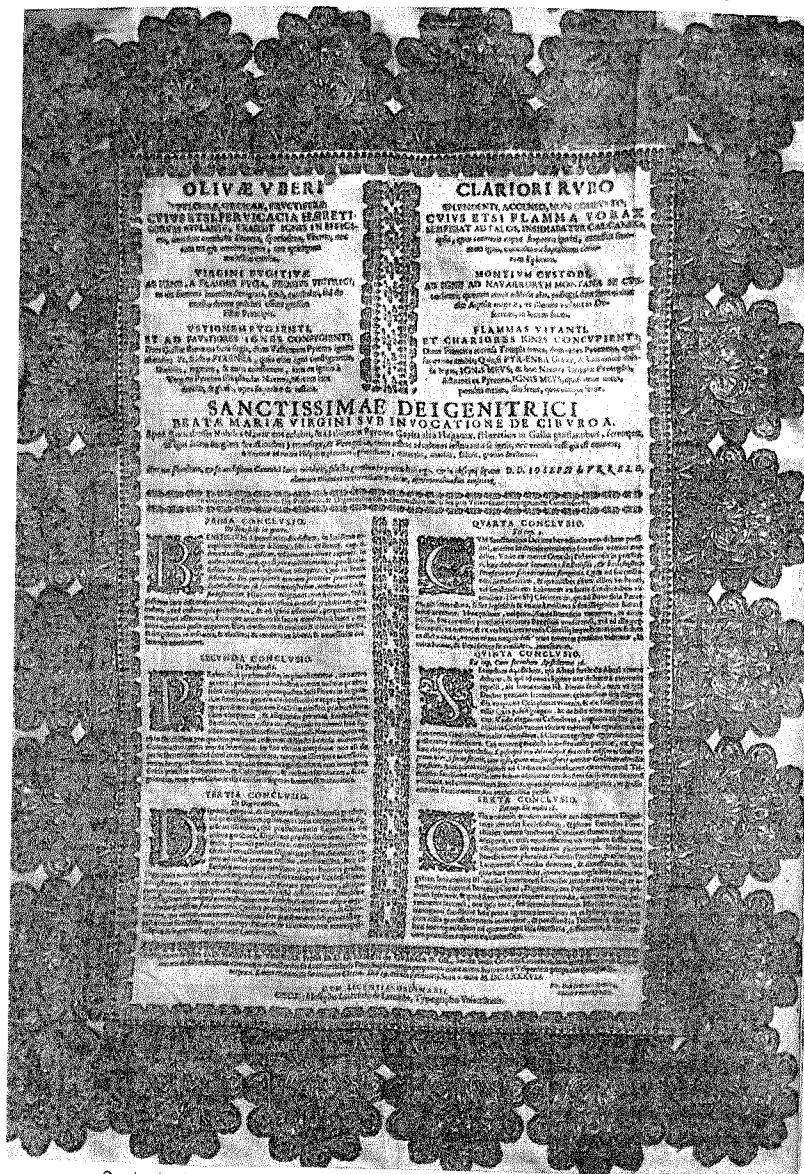
De San Juan de Pie de Puerto
vuestra piedad os condujo
a ofrecernos el influjo
de amante Madre, por cierto.

Hasta hace unos decenios al menos, esta noción sobre su origen en la Navarra de Ultrapuertos iba unida a una determinación temporal: su venida con motivo de la persecución hugonote en Francia durante el siglo XVI. Extrañamente, sin embargo, este último aspecto no aparece recogido en el breve prólogo que don Joaquín Montuno puso a su folleto sobre la Novena de esta Virgen. Habla allí de la antigüedad de la imagen, que remonta al siglo XII o XIII, y afirma que tal vez se venerase antiguamente en la capilla del castillo allí emplazado. Da, no obstante, como tradición unánime e indudable, el origen de la imagen en su venida de San Juan de Pie de Puerto.

La primera de estas opiniones no tiene, a nuestro juicio fundamento alguno, y se explica tal vez por haber escrito su autor el folleto al poco tiempo de su venida a Roncal. Nada hace suponer que el castillo allí situado, del que barrio, imagen y ermita reciben su nombre, tuviera tal entidad como para poseer una capilla: Ni aún siquiera puede afirmarse que estuviera habitado. A lo largo del valle, desde el Castillo del alto de Laza hasta las fortificaciones que, se dice, hubo en la foz de Labochela y Burgui, existió en otro tiempo un sistema de pequeñas fortificaciones para la eventual defensa de los pueblos en incursiones y momentos de peligro; así, la iglesia de Isaba tiene cierto carácter de fortaleza y los pueblos de Urzainqui, Roncal, Vidángoz y Burgui conservan un barrio o paraje alto llamado del Castillo por

haber existido en ellos fortificaciones de este género. Pero se trataba siempre de meras defensas locales para uso circunstancial de los mismos pueblos.

Por otro lado, la actual ermita de la Virgen data indudablemente de finales del XVI o principios del XVII, y su bello altar barroco, hecho exprofeso para esta antigua imagen, es claramente del siglo XVIII. Tampoco se encuentra esta ermita en el lugar preciso en que estuvo enclavado el antiguo castillo, sino detrás de éste, en un punto en que el barrio



Garde. José de Urrelo dedica a la Virgen la tesis que se propone defender para la obtencion del grado de doctor en Sagrada Teologia (1688)

imagen de la Virgen que en ella se venera es, sin embargo, de época muy posterior. No existen allí, sin embargo, datos comprobatorios de lo que parece sugerir esta coincidencia de circunstancias porque, al parecer, el archivo se incendió en años posteriores. Debo estos últimos datos a la atención de doña Juana M.^a Elía Doray, de Valcarlos, y de M. E. Goyeneche, de Ustariz (Francia). Queda, pues, el misterio de la vieja tradición unido a su aparente verosimilitud, y, sobre uno y otra, la fe del creyente y la protección constante que la Virgen ha dispensado siempre al pueblo de Roncal a través de esta advocación emigrante o peregrina.

FINAL

Podemos así llegar a dos conclusiones principales sobre el tema central de nuestro trabajo:

Una es que la común tradición —y el aspecto más verosímil de los hechos conocidos— otorgan a las dos advocaciones marianas del valle del Roncal —Nuestra Señora de Zuberoa y la Virgen del Castillo— un origen análogo: como lugar de procedencia, los territorios —propios o tributarios— de Juana de Albret y Antonio de Borbón; como circunstancia, la persecución a los católicos de esos países después de la conversión de su soberana al calvinismo.

La segunda es que, venidas milagrosamente o traídas por manos piadosas para librarlas de la destrucción herética, estas imágenes se asentaron en la tierra y en el corazón de los roncaleses como premio y consuelo en la época de los grandes cismas. Y lo que es consecuencia: que la hagiografía o historia santa del valle de Roncal, aunque contenga otros aspectos y advocaciones ancestrales, posee una importante raíz de hace no más de cuatro siglos, a principios de la Edad Moderna, cuando ha reconocido ya a la Majestad Católica de España, fidelísimo defensor de la Fe católica, y se dispone a participar, con santos y con héroes, en la común epopeya patria.

APENDICE

RONCAL

Himno a Nuestra Señora del Castillo

¡Salve, María!
¡Oh, Reina inmortal!
Virgen del Castillo
Protege a Roncal.

II

A ti ha venido
Siempre este pueblo
Y se ha acogido
Al patrocinio de tu bondad.
Y Tú fuiste en esta casa
Cual arca santa,
Firme esperanza,
Grato solaz.

Aquí el anciano
Llora sus penas.
La madre amante
Trae sus hijos ante tu altar;
Los pecadores arrepentidos,
De esos tus ojos
Piden y obtienen
Gracia y Piedad.

III

¡Oh, Madre excelsa
Y soberana!
Desde ese trono
Mira benigna a tu Roncal;
Sed su Patrona en el destierro,
Y allí, en el Cielo,
Dadnos a todos
Gloria eternal.

Gozos a Nuestra Señora del Castillo

Pues sois astro cuyo brillo
Siempre ilumina a Roncal,
Libranos de todo mal
Madre de Dios del Castillo

I

De San Juan de Pie de Puerto
Vuestra piedad os condujo
A ofrecernos el influjo
De amante Madre, por cierto;
Así, con amor filial
Lo confiese el más sencillo.

II

En este solar dichoso
Que eligió vuestro cariño,
Logra el anciano y el niño
Paz, esperanza y reposo;
Todo accidente mortal
Cede al calor de su brillo

III

Como sois fuente sellada,
Cuando el Cielo se nos cierra
Fecundáis toda la tierra
Con el agua deseada;
Es vuestro amor maternal,
El remedio más sencillo.

IV

El que sufre y el que llora
Y el que entre llamas se abrasa,
En esta capilla y casa
Remedio encuentra, Señora;
Dais protección especial
Contra peste y tabardillo.

V

Sois mediadora de Dios;
Y así, todas vuestras plagas,
Apenas expuestas quedan.
Logran alivio con Vos;
Es bálsamo celestial
De vuestros ojos el brillo.

VI

¡Oh, Madre tierna y querida,
Fuente de Paz y consuelo!
Haz que vayamos al cielo
Cuando huyamos de esta vida;
Que con mano liberal
Premieis nuestro amor sencillo.

VII

Cuanto el Sol alumbra y dora
Con su poderosa llama,
Y cuanto existe, os aclama
Por única Protectora;
Haz que en la Gloria eternal
Pueda besar vuestro anillo.

NUMEROS PUBLICADOS

1. SAN FRANCISCO JAVIER, por José M.^a Recondo.
2. SAN FERMIN Y SUS FIESTAS, por Valeriano Ordóñez.
3. COMPARSAS DE GIGANTES, por Ignacio Baleztena.
4. LA BRUJERIA, por Florencio Idoate.
5. LA MUSICA, por Alberto Fraile.
6. RUTA TURISTICA DEL PIRINEO, por José Luis Olio Luna.
7. LA JOTA NAVARRA, por Pedro M.^a Flamarique y Julián C. Urroz Royo.
8. HISTORIA DEL FUERO, por Jaime Ignacio del Burgo.
9. GAYARRE, por José María Sanjuán Urmeneta.
10. LA RIBERA, por Francisco Escribano Zardoya.
11. CARLOS III EL NOBLE, por José Ramón Castro Alava.
12. DERECHO PRIVADO FORAL, por Francisco Salinas Quijada.
13. NAVARRA Y LAS CRUZADAS, por José Goñi Gaztambide.
14. ASISTENCIA MEDICA, por Guillermo López García.
15. EL PALACIO DE LA DIPUTACION, por Jaime del Burgo.
16. EL PAISAJE, por Manuel Iribarren.
17. LA INDUSTRIA, por Luis Dorla Esparza y Joaquín Gortari Unanua.
18. MONTANISMO, por Francisco Ripa Vega.
19. EXPRESIONES DEL ALMA POPULAR, por Victoriano Bordonaba.
20. GASTRONOMIA (I). Platos de caza, por Víctor Manuel Sarobe.
21. BARACE DE ISABA, por Valeriano Ordóñez.
22. CASTILLOS, por José M.^a Recondo.
23. EL ORFEON PAMPLONES, por Baldomero Barón.
24. TUDELANOS DE PROYECCION UNIVERSAL, por José Ramón Castro.
25. EL ENCIERRO DE LOS TOROS, por Luis del Campo Jesús.
26. CESAR BORGIA Y NAVARRA, por Francisco Javier Ortiz Felipe.
27. EL VALLE DE RONCAL, por Rafael Gamba.
28. LEYRE, por Luis María de Lojendio, OSB.
29. LAS BARDENAS REALES, por Francisco Salinas Quijada.
30. DON RODRIGO XIMENEZ DE RADA, por José R. Castro Alava.
31. GAZTAMBIDE Y ARRIETA, por Angel Segardía Sagardia.
32. EL CANCELLER VILLAESPEÑA, por José Ramón Castro Alava.
33. EL MINISTERIO DE OBRAS, por Santos Beguiristáin.
34. PEDRO NAVARRO, CONDE DE OLIVETO, por Luis del Campo Jesús.
35. MONASTERIOS, por Tomás Moral, OSB.
36. NUESTRAS AVES, por Juan Jesús Iribarren Onsaló.
37. ROMANIZACION, por María Angeles Mezquiriz.
38. ALMADIAS, por Florencio Idoate.
39. LA IMPRENTA, por José Ramón Castro Alava.
40. SARASATE, por Fernando Pérez Olio.
41. ESPELEOLOGIA, por José M.^a Martínez Peña.
42. ROMERIAS, por José Luis Larrión A.
43. LA AVENTURA DE LOS SANTOS, por Carlos M.^a López.
44. JUAN HUARTE DE SAN JUAN, por Francisco Salinas Quijada.
45. GASTRONOMIA (II). Pescados de río, abadejos, ranas y caracoles, por Víctor Manuel Sarobe Pueyo.
46. ARTAJONA, por José María Jimeno Jurio.
47. TORRES DEL RIO, por Valeriano Ordóñez.
48. VIANA, por Eliseo Sáinz Ripa.
49. SANTUARIOS, por José Antonio Pedroarena.
50. ESTEBAN DE ADOAIN, por Teófilo de Arbeliza.
51. LA PINTURA (SIGLO XVII), por José Ramón Castro.
52. LA CAZA, por Luis Callejo.
53. VALCARLOS, por José María Jimeno Jurio.
54. LA ABOGACIA FORAL, por Francisco Salinas Quijada.
55. LAS CORTES, por María del Puy Huici Goñi.
56. EL REY DE LA FABA, por Javier Baleztena Abarrategui.
57. RONCESVALLES, por José María Jimeno Jurio.
58. EL PRINCIPE DE VIANA, por Manuel Iribarren.
59. EL ARZOBISPO CARRANZA, por José Ignacio Tellechea Idigoras.
60. LEYENDAS DEL CAMINO DE SANTIAGO, por José M.^a Jimeno Jurio.
61. ORGANOS, ORGANEROS Y ORGANISTAS, por Joaquín Goya Iraola.
62. OBRAS Y SERVICIOS DEL VIEJO PAMPLONA, por Pedro García M.
63. UJUE, por José María Jimeno Jurio.
64. YANUAS Y MIRANDA, por José Ramón Castro Alava.
65. LA PESCA, por Román Elizburu Mendíroz.
66. MONASTERIO DE LA OLIVA, por José María Jimeno Jurio.
67. PEDRO DE URSUA, por Luis del Campo Jesús.
68. ESTELLA MONUMENTAL, por Pedro María Gutiérrez Eraso.
69. IRANZU, por José María Jimeno Jurio.
70. JAVIER DE BEYRE, por José María Recondo Iribarren.
71. D. TIBURCIO DE REDIN, por Teófilo de Arbeliza.
72. FITERO, por José María Jimeno Jurio.
73. EL VINO, por Miguel Bengoa Ochoa.
74. LA ESCULTURA, RENACIMIENTO Y ROMANISMO, por José Ramón Castro Alava.
75. SANGÜESA MONUMENTAL, por José María Jimeno Jurio.
76. EFEMERIDES MONTAÑERAS, por Daniel Bidaurreta Olza.
77. MALÓN DE ECHAIDE, por Carlos María López.
78. SAN MIGUEL DE ARALAR, por José María Jimeno Jurio.
79. IRACHE, por Jaime Roca Laymon, Sch. P.
80. SAN VEREMUNDO, por Pablo Rodríguez González.
81. EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS, por Florencio Idoate.

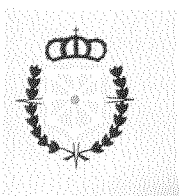
82. ROCAMADOR, por Teófilo de Arbeliza y José María Jimeno Jurio.
83. BECOUER Y NAVARRA, por Faustino Corella Estella.
84. EL CASTILLO DE JAVIER, por José María Recondo, S.J.
85. ITINERARIO DEL ROMANICO, por Luis María de Lojendio, OSB.
86. MEDICINA POPULAR, por Arantzazu Hurtado de Saracho.
87. GUERRA DE LA NAVARRERIA, por José María Jimeno Jurio.
88. SANGUESA HISTORICA, por Tomás Moral, OSB.
89. VALLE DE ARCE y OROZ-BETELU, por Benito Urteasu y Villanueva.
90. OLITE HISTORICO, por José María Jimeno Jurio.
91. EL ENCIERRILLO, por Luis del Campo Jesús.
92. CATEDRAL DE PAMPLONA, por Javier Gárriz Ayanz.
93. OLITE MONUMENTAL, por José María Jimeno Jurio.
94. MOSEN PIERRES DE PERALTA, por Manuel Iribarren.
95. AGUSTIN DE JAUREGUI, VIRREY DEL PERU, por Eulogio Zudaire H.
96. LA PEREGRINACION A COMPOSTELA. ORIGENES Y CONSECUENCIAS, por José María Jimeno Jurio.
97. CALLES DEL VIEJO PAMPLONA, por Javier Balaztana Abarrategui.
98. RUTAS MAYORES A SANTIAGO, por José María Jimeno Jurio.
99. ITINERARIO JACOBEO, por Fernando Fernández de Arratia.
100. LA CONSTITUCION FORAL, por Jaime Ignacio del Burgo.
101. TERMINOS DEL VIEJO PAMPLONA, por Javier Balaztana Abarrategui.
102. EL PADRE DE HUERFANOS, por Francisco Salinas Ojeda.
103. LA HOSPITALIDAD EN EL CAMINO DE SANTIAGO, por José María Jimeno Jurio.
104. PEREGRINOS JACOBEO, por Pedro María Gutiérrez Eraso.
105. LUZ Y SONIDO EN EL CASTILLO DE JAVIER, por J. M.^o Recondo S.J.
106. GUERRA CONTRA LA CONVENCION, por Florencio Idoste Irigui.
107. TUELA HISTORICA, por Luis María Marín Rojo.
108. SEPULCRO DEL REY NOBLE, por José María Jimeno Jurio.
109. LA BAJA NAVARRA, por Jean Pierre Sallaberry.
110. FAUNA, por Francisco José Purroy Irizoz.
111. RUTAS MENORES A SANTIAGO, por José María Jimeno Jurio.
112. EL DOCTOR NAVARRO, por José M.^o Recondo Iribarren.
113. FRAY DIEGO DE ESTELLA, por Tomás Moral, OSB.
114. PALACIO REAL DE OLITE, por José María Jimeno Jurio.
115. TAFALLA, por José Cabezudo Astráin.
116. TEATRO EN PAMPLONA, por José María Corella.
117. SANCHO VII EL FUERTE, por Francisco Javier Zabaló.
118. HISTORIOGRAFIA. LOS CRONISTAS MORET Y ALESON, por José Ramón Castro Alava.
119. LOS ANALES, por José Ramón Castro Alava.
120. CUATRO INFANTAS NAVARRAS, por Luis del Campo Jesús.
121. FOLKLORE DE NAVIDAD, por José María Jimeno Jurio.
122. MONASTERIO DE URDAX, por Eulogio Zudaire Huarte.
123. LA CUENCA, por Jenaro Irizoz Unzué.
124. GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, por José María Jimeno Jurio.
125. PAMPLONA Y SUS PLAZAS DE TOROS, por Luis del Campo Jesús.
126. VALLE DE AEZCOA, por Benito Urteasu Villanueva.
127. REAL MONASTERIO DE TULEBRAS, por José María Recondo, S.J.
128. IRURERIAS, por Premin de Iruña.
129. FRAY VICENTE BERNEDO. APOSTOL DEL ALTO PERU (Bolivia), por Manuel Frontaura Argandoña.
130. ALMIRADIO DE NAVASCUES, por José María Jimeno Jurio.
131. LAS AMESCOAS, por Luciano Lapuente Martínez.
132. PAMPLONA EN 1560, por José Joaquín Arazuri.
133. LA DANZA, por Francisco Arrarás Soto.
134. ANECDOTARIO RIBEREÑO, por Luis Gil Gómez.
135. VALLE DE SALAZAR, por José María Jimeno Jurio.
136. LA CONVERSION DE LA MAGDALENA, por J. Ramón Castro Alava.
137. GUERRA REALISTA, por Rafael Gamba.
138. EL PUY, por Teófilo de Arbeliza y José María Jimeno Jurio.
139. TOREROS GOYESCOS NAVARROS, por Luis del Campo Jesús.
140. DE LA VIEJA TUDELA, por Luis Gil Gómez.
141. LA VALDORBA, por Francisco Olcoz.
142. NUNILLO Y ALODIA, en la crónica legerense, por Ramón Molina.
143. MANUEL DE QUIRIOR, por Eulogio Zudaire.
144. TOREROS GOYESCOS EN PAMPLONA, por Luis del Campo.
145. NAVARRA y GUIPUZCOA, por José María Jimeno Jurio.
146. LOS AZPILCUETA DE BAZTAN, ASCENDIENTES MATERNO DE SAN FRANCISCO JAVIER, por P. Germán Sánchez de Pamplona.
147. MIGUEL DE PAMPLONA, CORONEL Y OBISPO, por Teófilo de Arbeliza.
148. OCHAGAVIA, por José María Jimeno Jurio.
149. CONVENTO DE S. FRANCISCO DE OLITE, por Enrique Gutiérrez.
150. LOS AMIGOS DEL PAIS Y SU AMBIENTE HISTORICO, por José Ramón Castro Alava.
151. NAVARRA Y CATALUNA, por José María Jimeno Jurio.
152. ANTECEDENTES DE LA 1.^a GUERRA CARLISTA, por Jaime del Burgo.
153. LOS ARCOS, por Fernando Videgáin Agó.
154. GEOGRAFIA, por José María Jimeno Jurio.
155. TEOBALDO I, REY TROVADOR, por Eulogio Zudaire Huarte.
156. PRIMERA GUERRA CARLISTA, por Jaime del Burgo.
157. BURGUETE, por Benito Urteasu Villanueva y José Antonio Pedroarena.
158. ZARAPUZ Y NOVELETA, por Pablo Rodríguez González.
159. FOLKLORE DE SEMANA SANTA, por José María Jimeno Jurio.
160. IRIGO. DEFENSOR DE PAMPLONA, por Valeriano Ordóñez, S.J.
161. IRURERIAS (II), por Premin de Iruña.

162. LA HISTORIA, por José María Jimeno Jurio.
163. ZUMALACARREGUI, por Jaime del Burgo.
164. PAMPLONA Y SU PRIMERA PLAZA DE TOROS FIJA, por L. del Campo.
165. VAL DE BERRUEZA, por Fernando Videgáin Agós.
166. AGUAFUERTES TUDELANOS, por Luis Gil Gómez.
167. SEGUNDA GUERRA CARLISTA, por Jaime del Burgo.
168. TOROS EN PAMPLONA. SIGLO XVIII, por Luis del Campo.
169. IRURERIAS (III), por Premín de Iruña.
170. EN LA ORBITA FRANCESA, por Manuel Iribarren.
171. GENESIS DEL CONVENIO DE VERGARA, por Jaime Ignacio del Burgo.
172. APUNTES DE LA RIBERA, por Luis Gil Gómez.
173. EL CONVENIO DE VERGARA Y NAVARRA, por Jaime I. del Burgo.
174. SANTO DOMINGO DE SILOS, por Frey Ramón Molina Piñedo.
175. EN EL 550 ANIVERSARIO PRIVILEGIO DE LA UNION DE PAMPLO-
NA (1423), por José María Jimeno Jurio.
176. HILARION ESLAVA, por Carmela Saint-Martin.
177. PERROS DE CAZA, por Esteban Lipúzcoa Arrivillaga.
178. AGUILAR DE CODES, por Valeriano Ordóñez, S.J.
179. AUROROS Y AURORAS, por José María Jimeno Jurio.
180. GITANOS, por Genaro Iráizoz.
181. TUDELANOS NOTABLES CONTEMPORANEOS, por Luis Gil Gómez.
182. PAMPLONA ROMANA, por María Angeles Mezquiriz.
183. FRANCISILLO DE ZUÑIGA, BUFON DEL EMPERADOR, por Fernando
Videgáin Agós.
184. GEOGRAFIA FISICA, por José María Jimeno Jurio.
185. BLANCA DE NAVARRA REINA SIN CORONA, por Fernando Videgáin.
186. DESPOBLADOS, por Javier Gárriz Ayanz.
187. VARIEDADES TUDELANAS, por Luis Gil Gómez.
188. ANTECEDENTES DE LA 3.ª GUERRA CARLISTA, por Jaime del Burgo.
189. MONTARISMO. EXPEDICION NAVARRA AL HOGGAR, por Daniel Bi-
daurreta Olza.
190. GEOGRAFIA HUMANIZADA, por José María Jimeno Jurio.
191. MONTARISMO. EXPEDICION NAVARRA A GROENLANDIA, por Daniel
Bidaurreta Olza.
192. LOS CRUZAT, por Alejandro Díez y Díez.
193. ERMITAS DE SANGÜESA, por José María Jimeno Jurio.
194. TERCERA GUERRA CARLISTA, por Jaime del Burgo.
195. VALLE DE BAZTAN, por Eulogio Zudaire Huarte.
196. ALSASUA, por José María Jimeno Jurio.
197. GENERAL GUERGUE, por Valeriano Ordóñez.
198. SANGÜESA, MISCELANEA RELIGIOSA, por José María Jimeno Jurio.
199. ENTRE MEJANA Y BARDENA, por Luis Gil Gómez.
200. VIAJEROS ROMANTICOS, por Jaime del Burgo.
201. CAMPANAS DEL CONDE DE VILLEMUR, por Gérard Wenck.
202. LOS CASTILLOS Y LA CIUDADELA DE PAMPLONA, por Florencio
Idoste.
203. PINTURA MURAL GOTICA, por María Carmen Lecarra Ducay.
204. HISTORIA DE LA ENSEÑANZA, por Jesús Tanco Lerga.
205. TOROS EN PAMPLONA: 1851-1852, por Luis del Campo.
206. VILLA DE CORTES, por José María Jimeno Jurio.
207. TUDELANERIAS, por Luis Gil Gómez.
208. CUATRO LEYENDAS, por Faustino Corella.
209. ERMITAS. MERINDAD DE TUDELA, por José María Jimeno Jurio.
210. JUAN ANTONIO FERNANDEZ. UN TUDELANO DEL SIGLO DE LA
ILUSTRACION, por José Ramón Castro Alava.
211. SIERRA DE URBASA, por Luciano Lapuente Martínez.
212. SANFERMINES DE AYER, por José María Corella.
213. FOLKLORE DE ALSASUA, por José María Jimeno Jurio.
214. DE LA CRONICA MEDIEVAL. INTERPRETACION MEDICO-HISTORICA.
por Luis del Campo.
215. CARACTER Y PERSONALIDAD DE LA JOTA, por José Menéndez de
Esteban.
216. SEMBLANZA DEL PADRE FABO, por Eugenio Ayape.
217. PALOTEADOS DE LA RIBERA, por José María Jimeno Jurio.
218. SANCHELO EL MAYOR, por Jesús Lorenzo Otazu Ripa.
219. VALLE DE ERRO, por Benito Urteasu Villanueva.
220. LA JAVIERADA, por José María Recondo.
221. MENDIGORRIA, por Alejandro Díez y Díez.
222. TOMAS DE BURGUI, por Teófilo de Arbelza.
223. TUDELA MONUMENTAL (I), por José Ramón Castro Alava.
224. TUDELA MONUMENTAL (II), por José Ramón Castro Alava.
225. IRURERIAS (IV), por Premín de Iruña.
226. CORELLA, por Ramón García Domínguez.
227. TUDELA MONUMENTAL (III), por José Ramón Castro Alava.
228. JOTA Y ROMANCE, por Valeriano Ordóñez.
229. CINTRUENIGO. FOLKLORE DE INVIERNO Y PRIMAVERA, por José
María Jimeno Jurio.
230. JERONIMO DE ARBOLANCHA, por Luis del Campo Jesús.
231. FUENTES DE TUDELA Y OTRAS CURIOSIDADES, por Luis Gil Gómez.
232. CARLOS EL NOBLE EN OLITE, por Alejandro Díez.
233. PEDRO MENDINUETA Y MUZQUIZ. VIRREY DE NUEVA GRANADA
por Eulogio Zudaire Huarte.
234. LA IGLESIA Y LOS TOROS, por Luis del Campo.
235. HERALDICA MUNICIPAL. MERINDAD DE TUDELA, por Jesús Lorenzo
Otazu Ripa.

- 236 HERALDICA MUNICIPAL. MERINDAD DE OLITE, por Jesús Lorenzo Otazu Ripa.
- 237 SAN VIRILA, por Tomás Moral, O.S.B.
- 238 PRESENCIA DE LA JOTA, por Valeriano Ordóñez.
- 239 FUEROS DE NAVARRA. PODER Y ORGANOS, por Raimundo Aldea Equilaz.
- 240 SAN FERMIN DE LOS NAVARROS EN MADRID, por Jesús Lorenzo Otazu Ripa.
- 241 CARLOS II EL MALO, por José Ramón Castro Alava.
- 242 ABADIA CISTERCIENSE DE LA OLIVA. HISTORIA Y ARTE, por Hermenegildo María Marín.
243. OLITE. GUIA TURISTICA, por Alejandro Díez y Díez.
244. ESPINAL, por Benito Urteasu Villanueva.
245. ESPARZA DE SALAZAR, por Francisco Barber Arregui.
246. ESPARZA DE COSTA RICA, por Sonia Garro Rojas. EPILOGO CON DOS ESPARZAS, por el Excmo. Sr. Don Ernesto La Orden, Embajador de España en Costa Rica.
247. PUENTE LA REINA. ARTE E HISTORIA, por Alejandro Díez.
248. PUENTE LA REINA (II), por Alejandro Díez y Díez.
249. GARISOAIN. MUSEO DE BERNABE IMBERTO, por José María Jimeno Jurlo.
250. TOROS EN PAMPLONA (S. XVII), por Luis del Campo.
251. DOS ESCULTURAS DE SANCHE EL FUERTE, por Luis del Campo.
252. MARTINEZ COMPARON. OBISPO DE TRUJILLO (PERU), por Teófilo de Arbeiza.
253. IRURERIAS (IV), por Premin de Iruña.
254. CEREMONIAL DE LA CORONACION. UNICION Y EXEQUIAS DE LOS REYES DE INGLATERRA (I), por Florencio Idoate.
255. CEREMONIAL DE LA CORONACION. UNICION Y EXEQUIAS DE LOS REYES DE INGLATERRA (II), por Florencio Idoate.
256. ALCALDES, VICARIOS Y MERINOS DE OLITE EN TIEMPOS DE CARLOS EL NOBLE, por Alejandro Díez y Díez.
257. VALLE DE RONCAL. PAISAJES Y LABORES, por Juan Garmendia Larrañaga.
258. NAVARRA POR SANTA MARIA, por Dolores Baleztena Ascárate.
259. VISITA DE FELIPE IV A PAMPLONA (1646). UN CUADRO TESTIMONIO, por Luis del Campo Jesús.
260. HISTORIA DEL TREN, por Juan José Martinena Ruiz.
261. VALDIZARBE, por Alejandro Díez y Díez.
262. SAN EULOGIO DE CORDOBA, por Fray Ramón Molina Piñedo.
263. HITOS MARIANOS EN LA RUTA JACOBEOA, por Javier Gironella Falces.
264. CASTILLO DE RADA, por Alejandro Díez y Díez.
265. MISCELANEA GASTRONOMICA, por Luis Gil Gómez.
266. VIANA, RUTA JACOBEOA, por Juan Cruz Labaaga Mendiola.
267. ESTAMPAS RIBERENAS, por Luis Gil Gómez.
268. HERALDICA MUNICIPAL. MERINDAD DE ESTELLA (I), por Jesús Lorenzo Otazu Ripa.
269. HERALDICA MUNICIPAL MERINDAD DE ESTELLA (II), por Jesús Lorenzo Otazu Ripa.
270. VILLA DE SAN MARTIN DE UNX, por Francisco Javier Zubiaur Carreño.
271. IRIGOYEN ECHEGARAY. UNA SIERRA DE DIOS, por Valeriano Ordóñez.
272. SASKI NASKI DE LEIZA, por Dolores Baleztena.
273. CASTILLO DE TIEBAS, por Alejandro Díez y Díez.
274. CRUCEROS (I), por Fernando Videgáin Agós.
275. CRUCEROS (II), por Fernando Videgáin Agós.
276. CRUCEROS (III), por Fernando Videgáin Agós.
277. IRURERIAS (VI), por Premin de Iruña.
278. JOSE ARESO, por Tomás Moral, O.S.B.
279. LA UNIVERSIDAD DE PAMPLONA EN EL SIGLO XVII, por José Salvador y Conde.
280. PUENTES. MERINDAD DE SANGUESA, por Fernando Videgáin Agós.
281. INDUMENTARIA VALLES DE RONCAL, SALAZAR Y AEZCOA, por Francisco Arrarás Soto.
282. CONVENTO E IGLESIA DE SANTO DOMINGO DE PAMPLONA, por José Salvador y Conde.
283. PALACIOS CABO DE ARMERIA (I), por Juan José Martinena Ruiz.
284. PALACIOS CABO DE ARMERIA (II), por Juan José Martinena Ruiz.
285. SEBASTIAN DE ESLAVA. VIRREY DE NUEVA GRANADA, por Eulogio Zudaire Huarte.
286. CALLES DE TUDELA, por Jesús Martínez Escalada.
287. LAS VIRGENES EMIGRANTES. EL MISTERIOSO ORIGEN DE UNAS IMAGENES RONCALESAS, por Rafael Gamba.



Roncal Virgen del Castillo



DIPUTACION FORAL DE NAVARRA
Dirección de Turismo, Bibliotecas y Cultura Popular
Fotos: Larequi y Ardanaz
Realiza: Complex
Imprime: A. G. San Juan



Basilica de Nuestra Señora de Zuberoa. Antigua peregrina francesa



San Juan de Pie de Puerto, de donde según tradición vino milagrosamente la Virgen del Castillo, de Roncal

termina y se inician varios caminos hacia el monte. Ni conocemos, en fin, noticia alguna sobre el culto de esta época anterior al siglo XVI.

San Juan de Pie de Puerto, cabeza de la antigua Merindad de Ultrapuertos, sufrió como toda la Baja Navarra, y por los mismos años que el país de Bearn, la persecución hugonote fomentada por el designio de Juana de Albret de imponer el calvinismo en sus estados. La hermosa iglesia parroquial de San Juan, al borde de la Nive y junto al airoso puente, es de estilo gótico y posee un magnífico ábside ojival. La



Garde. Ermita de Zuberua. Otra dedicatoria, con el mismo objeto, de Domingo Manuel Beltrán de Gayarre